

MIRTO DE LOS SINA

de la libertad la obscuridad negro sus rasgos  
luz, la claridad de la vida, el giro de la hélice  
fórmula de las aguas; cada giro de la hélice  
mueve en ellas como el respirador de un  
cuerpo a los peces al deslizar entre las ondas  
liberando las estelas; son estelas fugaces  
replanteando por un ciclo que se cuenta de  
debe sobre la altura, nace ahí del mismo por  
un espíritu de libertad; en un mismo espíritu  
A lo que se trata de que los hombres los  
celestes galaxias; los reinos de la tierra  
copla y la libertad en un mismo espíritu  
de la libertad a un espíritu en un mismo  
el por la claridad de la vida, el giro de la hélice  
mueve en ellas como el respirador de un  
cuerpo a los peces al deslizar entre las ondas  
liberando las estelas; son estelas fugaces  
replanteando por un ciclo que se cuenta de  
debe sobre la altura, nace ahí del mismo por  
un espíritu de libertad; en un mismo espíritu



Allegre y festivo es el espíritu  
de la vida, el giro de la hélice  
mueve en ellas como el respirador de un  
cuerpo a los peces al deslizar entre las ondas  
liberando las estelas; son estelas fugaces  
replanteando por un ciclo que se cuenta de  
debe sobre la altura, nace ahí del mismo por  
un espíritu de libertad; en un mismo espíritu

En el instante que se levanta el velo de la  
sombra de los Misticos, se levanta con las olas  
de la bandera amarilla. Quiero decir que  
pedagogo que se levanta con las olas  
de la vida. Ser Santa una vida. Siempre  
quedará, porque los libros de la vida han  
de ser escritos con los apocálipos  
de aquella familia que habitaba el mundo.

## Bandera amarilla

Una bandera amarilla se levanta  
sobre el mar, en un momento  
a Vigo, mientras la bandera, irreflexiva  
a los cantos del mar, atravesó el  
espíritu de la vida.

Los relictos de la vida se levantan a  
centros y desembarcados en Vigo por el  
trío inglés de la vida, proceden del Park  
y de Maraca. Son tipos gallegos, y  
en sus caras brutas, en sus cuerpos  
de la vida, en sus cuerpos de la vida.  
gustar el pan en los días de la vida  
Amazonas, en las regiones indultas  
de la civilización, en las regiones  
de la vida, en las regiones de la vida.

Bandera amarilla

En el mástil que, rematando el bello «Paseo de los Mirtos», enfrenta con las Cies, flota la bandera amarilla. Quiere ello decir que padecemos cuarentena, y que en cinco días no sale de este San Simón una rata. Ni dentro quedarán, porque las faenas desinfectivas han debido concluir con los apreciables roedores de aquella familia que habitaban el Lazareto.

Veintisiete pasajeros, remolcados en una barcaza, nos trajo el vaporcillo de Sanidad a tales oficios dispuesto. Largó el vapor el cabo, viró gallardamente en redondo e hizo rumbo a Vigo, mientras la barcaza, tirando su amarra a los empleados del muelle, atracó en el destinado a reconocimientos.

Los veintisiete pasajeros sometidos a cuarentena y desembarcados en Vigo por el correo inglés «Lanfranc», proceden del Pará y de Manaos. Son todos gallegos, y ostentan en sus caras lívidas, en sus cuerpos flacos, las huellas de la lucha bárbara que libraron para ganarse el pan en los climas asesinos que el Amazonas riega, en las regiones incultas donde la civilización construye ahora un ferrocarril, sin perjuicio de que sus representantes

martiricen a los indios explotando el caucho por las riberas del Putumayo y del Purus.

Los representantes de la civilización son así; la llevan por esos mundos a golpe de acero y a estampido de pólvora, con acompañamiento de cadenas, horcas, hogueras y demás útiles de la carnicería humana. Bien es cierto que casi nunca falta a las víctimas un responso a la hora de morir. Esto siempre consuela al asesinado y enaltece al asesinado.

Así ocurre ahora en las márgenes del Putumayo y del Purus; así continuará ocurriendo mientras sigamos bajo un régimen civilizador que tiene por jalones la explotación, la injusticia y la fuerza.

De ellas sufren también en las tierras del Amazonas los civilizados que pertenecen a la clase obrera. Si no se les hace caer a tiros y machetazos, como a los indígenas, se les hace sudar sangre en faenas improbas, se les estruja hasta que sueltan todo el jugo, y, cuando lo han soltado, a Europa. Algún oro traen en los bolsillos. Casi nunca basta para curar su paludismo, su hepatitis, su tuberculosis, su anemia, o para cubrir los gastos de su entierro en la aldea que abandonaron con esperanzas de fortuna mejor.

A esta especie última de civilizados pertenecen casi todos los cuarentenarios que son huéspedes forzosos del Lazareto.

Vale decir, en obsequio a los empleados del mismo, que, el forzamiento, hospedaje fraternal sabe a los aislados, y que no se les regatean atenciones de ninguna índole. No he de regatear yo a esos empleados, en esta crónica, los elogios que tan justamente merecen y los plácemes por la discreción con que todos, desde el director al mozo último, saben hermanar el deber y la cortesa.

Es muy curioso el espectáculo que, a quien nunca lo vió (entre ellos me cuento), ofrecen un desembarco de cuarentenarios y las faenas subsiguientes al mismo.

Aguardan en el muelle de reconocimientos, frente a angosto postigo, que sólo ofrece paso a una persona, el médico, el administrador, el boticario, el cura, las Hermanas de la Caridad y otros empleados subalternos. Uno a uno desfilan los pasajeros por la puerta; un empleado toma sus nombres; el médico los reconoce y conforme su estado de salud, van los sanos al Lazareto libre, los enfermos al sucio. Si hay para éste inquilinos, se aísla, quedando a su servicio el doctor, las Hermanas de la Caridad y los enfermeros. El administrador acompaña a los otros, los distribuye en habitaciones de primera, segunda y tercera clase, según la pide cada cual; les invita u obliga a tomar una ducha y a mudarse totalmente de ropa; los pone después en manos

del fondista, y mientras los cuarentenarios comen, pasean o descansan, cada cual, conforme a su gusto, se hace la desinfección de los equipajes y se comunica por telégrafo el parte general al Centro sanitario de Vigo y a la Inspección general de Madrid.

En esta cuarentena no llegó pasaje necesitado de aislamiento. El caso de fiebre amarilla, motivador de la medida sanitaria, ha quedado en el Lazareto lisbonense, y ninguno de los veintisiete gallegos parece víctima de contagio. Dentro de cinco días saldrán de aquí todos en dirección de sus aldeas y volverán la calma, la soledad, el verdadero y hermoso aislamiento, que tan dichoso me hace, a ser dueños de esta isla. En tanto, los cuarentenarios disponen de ella en soberanos absolutos, recorriendo sus hermosos paseos, sus alegres jardines, sus bien dispuestas habitaciones, sus comedores amplios, su salón de billar, donde carambolean a tacazo limpio, y su salita tresillera, donde se acodillan con fraternal encono.

Joaquín Nogueira se desvive en atender a sus huéspedes; Pellicer, el director de Sanidad, no se quita del aparato telefónico; el Padre Fernández va y viene, revolviendo los armarios de ropa; el farmacéutico Vidal, machaca y remachaca ingredientes, por si ellos fueran menester; el maquinista de estufas,

Carrera, y mi tocayo el fogonero, van y vienen entre humos de azufre; mozos, criadas y barqueros andan en perpetuo trajín; el fondista, Joaquín Rodríguez, y el cocinero, Quinteiro, sazonan excelentes manjares para los de la cuarentena, y éstos, satisfechos de tan buen trato, piden que la cuarentena se prolongue unos días más, para descanso de sus cuerpos y para recreo de sus ojos.

El médico bacteriólogo, D. Nicolás Calvin, tuvo también faena: examinar la sangre de un joven, que, por su aspecto, parecía sospechoso.

—Creo—me dijo—que es sencillamente palúdico; pero conviene cerciorarse. A este fin, estudiaremos una gota de su sangre en el microscopio. Si el hematozoario de Laveran, característico del paludismo, aparece, no hay novedad. ¿Quiere usted ver el experimento?

—¡Ya lo creo!—repuse.

Y en el laboratorio, por los cristales microscópicos, contemplé la sangre del mozo descompuesta sobre un plano de vidrio; vi los glóbulos rojos y los blancos aumentados prodigiosamente, y vi, en dos o tres de ellos, destacando como una sortija con su piedra preciosa, el hematozoario, el parásito simpático, en esta ocasión, por ser nuncio de la ausencia de un mal más grave.

Realmente, es hermosa y noble la faena de

estos hombres de ciencia, que inclinados sobre un microscopio, trabajan para luchar con la peste, con la tuberculosis, con todas las enfermedades que diezman al género humano.

Por una coincidencia de hechura, el microscopio tiene la forma de un cañón pequeño, de uno de esos cañones modernos con que las grandes naciones, a título de civilizadoras, barren humanidades.

¡Qué coincidencia y qué contraste!...

Hace pocos días, se celebraba en el imperio alemán el centenario del inventor de los cañones Kupp.

¿Cuándo celebraremos, no el centenario, el advenimiento de otra civilización en que los cañones no hagan falta, y las humanidades sean felices por obra de la ciencia y por méritos del amor y de la justicia?



## Con los muertos

esos hombres de ciencia, que aplicados sobre un microscopio, trabajan para luchar con la peste, con la tuberculosa, con todas las enfermedades que diezman al género humano.

Por una coincidencia de fechas, el microscopio tiene la forma de un cañón peninsular, de uno de esos cañones modernos con que las grandes naciones, a título de abalanzadoras, batien humanidades.

¿Qué coincidencia y qué contraste!

Hace pocos días, se celebraba en el Imperio alemán el centenario del inventor de los cañones Kupp.

¿Cuándo celebraremos, en el centenario, el advenimiento de otra civilización en que los cañones **son los muertos** y los muertos son felices por obra de la ciencia y por efectos del amor y de la justicia?

En rayos de marfil se deshace la luna contra la isla de San Simón. A la luz del astro es como leyenda el paisaje; el verde de las montañas palidece. Si el color pudiera morir, diríase, en esta noche, que el color verde había muerto, y que con livideces del cadáver había dibujado un pintor visionario los montes que se abren sobre la bahía de Vigo. El mar es turquí, con repujaduras finísimas de plata.

Dieron las doce, allá, muy lejos, en las torres de Redondela. El silencio es agosto; absoluta la soledad; la hora, de aquellarre. Un brujismo medioevo se apodera de mí, que, untándome mentalmente con todas las pringues sabáticas, cabalga en mi imaginación, y recorro los dos cementerios de la isla.

En el del Lazareto limpio, calleado por enanos cipreses, hay pocas sepulturas; todas ellas ostentan una cruz o una lápida. Dos o tres coronas se marchitan al beso salobre de los aires marinos. Los muertos hallan quien los recuerde. Sus familias, habitantes en San Simón, los visitan de oficio todos los primeros de noviembre, y dejan sobre lápidas y sobre

cruces el obsequio de rúbrica. El resto del año pasan junto a las tumbas en plena distracción; a veces secan encima de ellas sus redes de pescar.

Estos soterrados del Lazareto limpio ofrecen poco interés a mi curiosidad o a mi fantasía: pertenecen a la edición mortuoria. Murieron, les metieron debajo de tierra, gozan su inscripción laudatoria, su corona fúnebre y su visita de Todos Santos, como cualquier difunto.

En el cementerio del Lazareto sucio, donde crece bravamente la hierba, lápidas y cruces son pocas en número también; pero incontables son los muertos; entre zanjas, hechas por los hombres y cubiertas por la Naturaleza con florecillas y con céspedes, pudren centenares de repatriados.

Durante el período último de nuestro abominable imperio colonial, pelearon a nombre de la Patria, a impulso de los Gobiernos de la Patria—que no son precisamente la Patria—bajo la bandera española. No cayeron en Cuba a tiro de insurrecto o de «yankee»; embanastados en un vapor, con la fiebre en la sangre y con la tristeza en los ojos, fueron arrojados, como averiada mercancía, sobre estos peñotes. En ellos murieron a centenas. Aquí están. Ni una piedra recuerda sus nombres. La carne de cañón, vertida a espuestas

entre las fauces del desastre, se descompone en el olvido. Los que nos llevaron al desastre pasean por Congresos y Ministerios y palacios llenos de «excelencias» y cruces.

A la luz lunar ven mis ojos, vagando por este cementerio en la tal fantasía, que las zanjas se abren, que los repatriados de Filipinas y de Cuba esoman por los bordes de aquellas sus calaveras de órbitas vacías; sus dientes desprovistos de labios; sus manos donde la carne falta; sus pechos donde las costillas blanquean. Sus órbitas relucen al destello del fuego fatuo; los dientes rechinan; las manos esqueléticas se contraen; los pechos jadean, y por las bocas sin labios y sin lengua brota una maldición que la brisa recoge para llevarla a Congresos y Ministerios y palacios; brota después un llamamiento a la represalia que la brisa también recoge para esparcirlo por playas y campos; por fábricas y talleres y minas. Los puntiagudos índices de los muertos trazan a todo el ancho de la atmósfera un círculo de luz fosfórica. Los reflejos de esta luz se proyectan en el espacio como un amanecer...

Al dar la vuelta al cementerio por su parte exterior, tropiezan mis ojos otra lápida. Dedicada está a un maquinista inglés; junto a él y extramuros como él, reposa un cocinero chi-

no. El libro de defunciones reza que este chino se llamaba en vida Len-Sai.

Los dos muertos merecieron peor trato que los repatriados de Ultramar. A éstos se les autorizó para pudrirse dentro del local funerario; a los otros se les dió con las puertas en las narices.

—¿Por qué?

—¡Ah, por qué!... Porque no son católicos. La religión Católica no transige ni con los cadáveres.

Allá los intérpretes de esa religión y sus intolerancias. Lo extraño es que los gobernantes de un pueblo europeo (hablo de España y de quienes la rigen) se dobleguen a esas intolerancias y no neutralicen los cementerios que son del Estado ó del Municipio, no de los frailes y los curas. Más extraña es aún la intolerancia en un establecimiento que, como San Simón, no es, por el acuerdo de París, un Lazareto nacional. Es un Lazareto internacional, que en vida y en muerte ha de servir con igualdad absoluta y perfecta a los cuarentenariós de todas las nacionalidades y creencias y razas.

Siempre es ridícula esta división de los muertos en ortodoxos y heterodoxos; pero en San Simón resulta impertinente. Verdad es que, dado lo reducido de la isla, debiera el Gobierno ir pensando en instalar hornos cre-

matorios donde, librando a los vivos de miasmas pútridos, se hicieran ceniza los muertos disidentes y sin disidir.

Ya que tantas cosas buenas se han hecho aquí por el inspector y los directores de Sanidad, ¿a qué no se establece el horno crematorio?...

Saludo fraternalmente al maquinista inglés enterrado fuera del cementerio, y dedico una mirada compasiva al cacho de tierra donde, sin lápida, sin inscripción, sin recuerdo alguno, duerme en Brahma Len-Sai.

Sobre la piedra coronadora de la sepultura de Len-Sai, ha bordado él mismo una guirnalda que ahora pulimenta la luna.

La esposa del doctor Gereda, nuestro compañero de *El Imparcial*, mujer bella e inteligente, dijo contemplando aquella guirnalda:

—Ya ven ustedes. La Naturaleza rectifica a los hombres. En la tumba de este hombre, que el fanatismo no quiso enterrar dentro de un cementerio, la Naturaleza ha tejido con sus manos inmortales una corona.

Esta noche, el rocío, desprendiéndose goteante por la guirnalda abajo, parece llorar sobre Len-Sai.





Libertad

«Mi amigo y tocayo el fogonero de la «Clayton», hízose, arrancándolos a su nidal, con unos jilguerillos; metiólos dentro de una jaula y encomendó a los padres de aquellos alados prisioneros la atención de su manutención.

Mientras los jilguerillos no se han podido valer por sí propios, la cosa ha ido perfectamente. Los padres de las crías, revoloteando sobre la jaula, asiéndose de sus barrotes, metiendo sus picos por entre los alambres, no han puesto en mal lugar sus obligaciones paternales.

Desde un árbol, frontero a la ventana de donde colgaba la jaula, vigilaron durante días y más días a los cautivos hijos; hasta endulzaban a gorjeos las angustias de su prisión. Por turno llegaban madre y padre con el alimento en los picos, repartiéndolo entre sus criaturas. Ellas, ignorantes en su infantismo pajaril de lo que es ser esclavo, piaban y repiaban jovialmente, abriendo sus fauces, ribeteadas de amarillo, para recibir la pitanza; esponjaban sus alas en aprendizaje de vuelo y hasta se erguían sobre sus frágiles patitas en gimnasia de saltos. Bien comidos, y sin

sentir aún la necesidad de flotar en espacios libres, han vivido los pajaruelos dentro de su jaula como príncipes en cámara de alcázar.

Anteayer escarbaron ya, por su cuenta y riesgo, en el alpiste que les previniera Joaquín; metieron sus picos en el recipiente del agua, revolotearon a ras de piso, y uno de ellos, más audaz o más fuerte, subió al envite de sus dos alas, al cielo mismo de su cárcel.

Eran los jilguerillos cuatro. Anteayer hacían su primera manifestación de pájaros independientes, capaces de vivir por sí propios. Ayer amanecían muertos sobre el enrejado de la jaula.

¿Quién los mató? Sus padres. Mientras los piquillos carecieron de valimiento individual, sus padres, sin tener en cuenta la variación de nido, pensaron que sus criaturas, llegada la ocasión de hacerlo, abrían las alas y se lanzarían francamente a la atmósfera, para vivir libres entre los matojos campestres, para enamorarse sobre las ramas de los árboles, para fabricar entre ellas cuna a los hijuelos de su amor.

Anteayer comprendieron que eso no ocurría; que sus criaturas eran esclavas, que en prisión quedarían a perpetuidad para deleite de sus cautivadores. No serían pájaros libres, dueños de sus alas, de sus garras y de sus picos; serían siervos, condenados a morir en

tre alambres entonando himnos en holocausto del señor.

Los padres, repugnando tener hijos esclavos, prefirieronles muertos. Y los mataron, introduciéndoles por entre los picos simientes venenosas, que su instinto les hizo descubrir.

Más hicieron. Por si el veneno era ineficaz, luego de hacérselo engullir a las crías, volvieron alicates sus picos y arrancaron a los hijos la lengua. Podrían éstos sobrevivir al tósigo; pero, si tal desventura llegaba, no entonarían himnos al opresor.

¿Verdad que es muy hermosa la acción de estos padres? El derecho a la libertad, la protesta contra la opresión y la esclavitud, puestos por encima de todo, hasta por encima de la existencia de los hijos. Para no ser libres, para no cantar libremente, bien están los hijos muertos y sin lengua.

Arriba, en el árbol que enfrenta la ventana, cantan aún los dos jilgueros parricidas. Ante ellos me inclino en reverencia.

Buen ejemplo ofrecen a los hombres que, sin valor para combatir, sin arrestos para evitar a sus criaturas la opresión y la esclavitud, se arrodillan ante los tiranos del cetro, de la cogulla y de la talega, y educan a sus hijos para que sigan prosternándose ante esos tiranos y cantando himnos en su honor.



De punta a cabo he recorrido la isla San Simón. Es paseo de despedida, adiós a este mar y a esta montaña, que durante dos meses dieron paz a mi espíritu y fueron taller de mi trabajo.

Hoy todo es presente aún, para regocijo de mi espíritu: los amigos fraternos y los paisajes virgilianos; las aves que mandan al aire sus gorjeos, sacudiéndolo con el batir libre de sus alas, y las olas que rompen contra las verduras monteses, puliéndolas con barnices de nácar. Allá, empujadas por la norteña brisa, puesta a sus ráfagas la vela, se pierden las embarcaciones pescadoras; acá, se descubren los caseríos, empenachados de humo; cerca, dulce voz femenil canta un cantar gallego; lejos, en la torre de Redondela, suena el campaneo meridiano; por cima de un puente, pasa un tren en visión rapidísima; los rayos solares esplenden sobre un cielo no maculado por las nubes. Mañana será todo recuerdo. El tren, que ahora pasa en visión, me arrastrará camino de Madrid al chirriar áspero de sus ejes, a los agrios sonos de su silbo.

Mis ojos, puestos en dirección de Vigo, mi-

ran avanzar sobre las dormidas aguas del Atlántico una lancha automóvil. Hacia San Simón se dirige, atraca contra el muelle y mis dos manos se tienden en salutación afectuosa a Matilde Moreno, la bella e inteligente actriz que este año figura al frente de la compañía del teatro Español.

En su visita, que rendidamente agradezco, la acompaña, con otras personas, el antiguo director de este Lazareto, el simpático Zabaleta, que llega de Canarias con destino al Congreso antituberculoso. Un abrazo refresca nuestra antigua amistad.

Pronto, bajo los mirtos, frente a una mesa cubierta de manjares, que la hospitalidad de Nogueira nos brinda, enrédase plática amena, en la que son principales motivos la excursión veraniega que viene realizando Matilde Moreno y sus proyectos para la campaña que, con el auxilio de Galdós, emprenderá desde octubre próximo en el Corral de la Pacheca.

Es Matilde Moreno, al reflejo solar cernido mimosamente por los mirtos que tejen sobre nosotros bóveda, una goyesca aparición, una de las gentiles hembras que eternizara el maestro aragonés en sus lienzos y en sus tapices. De «la maja» son los grandes y chispeantes ojos, la corta nariz, la carnosilla boca, nacariamente endentada, y el pelo, que a ondas se tiende por las sienas; es, como «la maja», bre-

ve en talla la actriz, y, como de aquélla, emerge de ésta un algo todo gracia, que, sin propósito, seduce, y, sin pretensiones de conseguirlo, atrae.

Matilde Moreno está muy satisfecha de su veraniega excursión. En todas partes la han acompañado éxitos artísticos y pecuniarios éxitos. De Vigo, puedo certificar. Lleno estuvo el teatro todas las representaciones; de aplausos del público y elogios impresos estuvieron llenas también la sala del Tamberlik y las columnas periodísticas.

Al hablar del teatro Español, los ojos de Matilde Moreno relampaguean entusiastas; la esperanza empurpura su rostro, y una terca voluntad de triunfar se crispa sobre las fresas de sus labios.

«La compañía, dentro de lo posible—dice,—es de lo mejor. Claro que yo me excluyo—añade con graciosa modestia,—Fuentes, Tallaví, Puga, Borrás, el excelente actor catalán, hermano de Enrique; la Arévalo, la Calderón... todos, cada cual conforme a sus aptitudes, cumplirán su deber. Yo haré lo que pueda; don Benito, ¿qué no hará don Benito, tan bueno, tan artista, tan dispuesto a cualquier empresa noble?... De los autores no hay que hablar. Con la obra de usted cuento. La palabra es palabra; a fines de octubre he de tenerla en mi poder. Benavente, los Quin-

tero, Linares, Martínez Sierra, Villaespesa, también darán obras; las refundiciones son a cargo de expertas y cultísimas plumas. Los noveles tetrán abiertas para su labor, siendo ella meritoria, las puertas del teatro. Los de fuera no han de hallar obstáculos; los de dentro pondremos alma y vida en esta campaña, que bien pudiera traducirse en un primer paso encaminado a hacer del teatro madrileño el escenario popular donde el arte dramático se ofrezca al juicio de los públicos, sin trabas de ninguna índole, en franca libertad.»

Estas frases de Matilde Moreno reviven en mí, como revivirán en muchos insignes dramaturgos, una esperanza que, va para tres años, andaba en toque de agonía. Es esta esperanza, por los autores españoles significada, no ha mucho, en documento público, la de que el teatro Español, subvencionado por el Municipio de Madrid, sea palenque donde todas las tendencias artísticas y todos los temperamentos dramáticos hallen plaza libre para someterse al juicio del público en lid igual y noble.

Gran bien sería éste para el arte dramático español. El teatro de la Pacheca es actualmente, por las condiciones especiales en que se hace su concesión, el llamado a realizar la obra.

Ojalá el maestro Galdós y Matilde Moreno

la emprendan sin debilidades, sin prejuicios. Asegurarse puede, siendo Galdós quien es y hablando como habló la Moreno bajo la bóveda de mirtos.

En el crepúsculo, dejando tras sí espumas de nieve, va la lancha automóvil; mis ojos la siguen en su viaje por la bahía. Ya se perdió entre las aguas mansas.

También se pierden en la noche el océano dormilón las verdes montañas, los blancos caseríos, las peñas donde remolinea el mar. La propia isla de San Simón es un fantasma negro. La veo confusamente, desvaneciéndose entre las tinieblas, como algo que se va...

Mañana será algo ido, algo que me deja...  
¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe!

Acaso hasta un día en que todo mi ser, roto, quebrantado, deshecho por la diaria lucha, busque un paréntesis de paz donde refrescar sus heridas y hacer sangre y seguir la pelea...

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 MONTERREY, MEXICO